

PANCHO SIERRA. EL DOCTOR DEL AGUA FRÍA

Curaba valiéndose de un simple vaso de agua. Se le atribuyen muchos milagros sanadores. Pancho Sierra es el más gaucha de todos los santos.

Leandro Gabilondo

Nació en Arrecifes en 1985. Vivió y estudió en Rosario. Desde 2007 vive en Capital Federal. Fue colaborador de *Miradas al Sur* y de *Ni un paso atrás*, la revista de Madres de Plaza de Mayo. Actualmente colabora en *Revista Asado*. Publicó *Delivery con lluvia* (poesía) y *La Pertenencia* (relatos), entre otros libros.

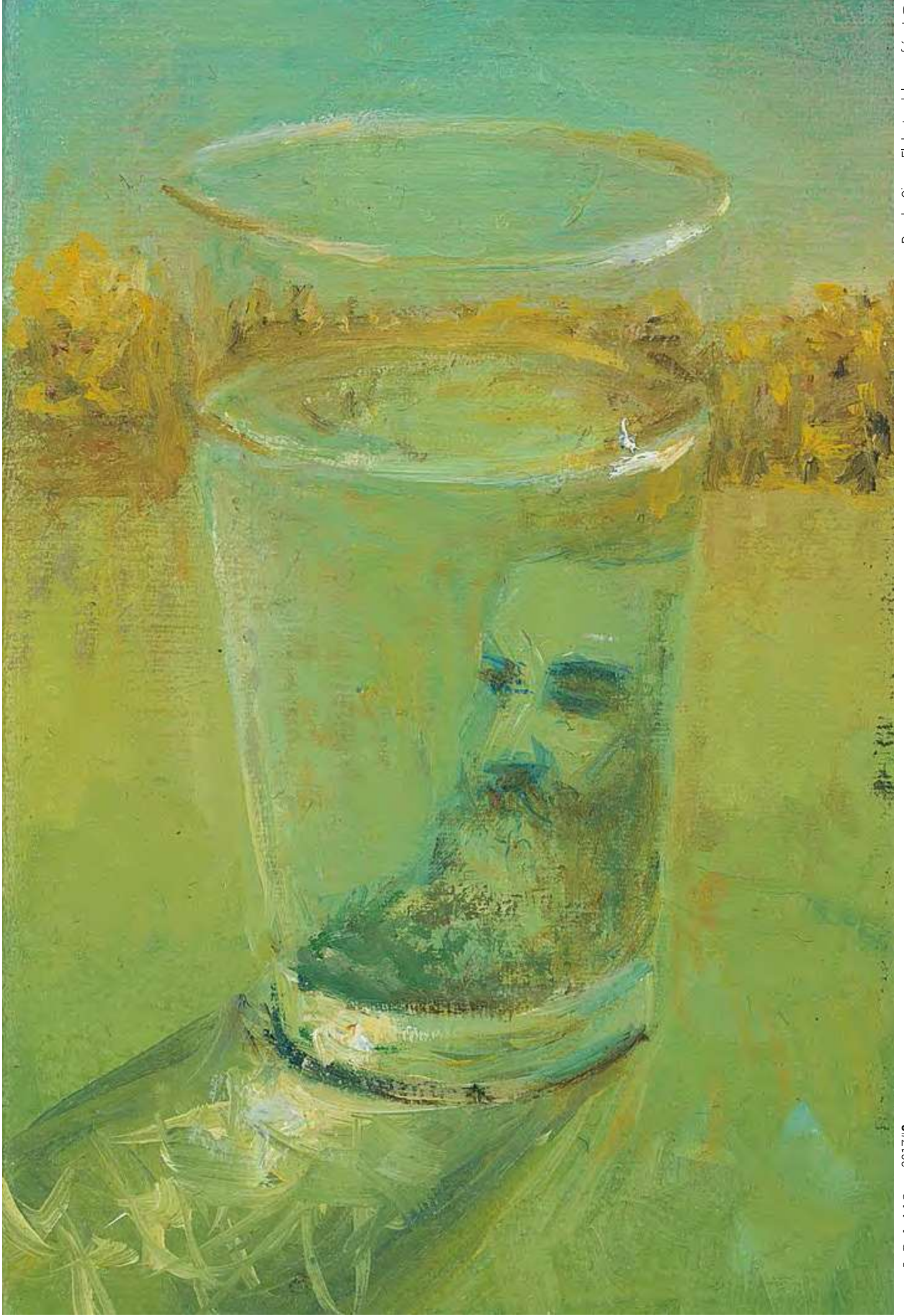
Salto es una pequeña ciudad del norte de la provincia de Buenos Aires. Casi al final de la Avenida España se encuentra su pituco cementerio. En ese lugar, a 190 kilómetros de Capital Federal, en plena Pampa Húmeda, en la zona más fértil de la República Argentina, descansan los restos de una leyenda, de un hombre que enriqueció como nadie el acervo de la mitología rural. Se lo conoce como “El Gaucho Santo”, “El Señor del Milagro”, “El Doctor del Agua Fría”, “El Resero del Infinito”, se llamó Francisco “Pancho Sierra”. Una densa capa de misterio envuelve sus orígenes, ya que no se ha encontrado partida de bautismo alguna que coincida con su nombre.

Todos los 4 de diciembre, personas de todo el país, incluso de países limítrofes, se acercan al mausoleo de Pancho Sierra para pedirle o darle gracias o simplemente venerarlo. Largas filas se forman ese día en pos de visitar su tumba. En la calle lateral del cementerio, que lleva su nombre, los fieles levantaron un santuario que se llena de ofrendas. Su fama de gaucha sanador, que viene desde mediados del Siglo XIX, se expande notablemente y se multiplica cada vez más.

Dicen que Pancho Sierra ofrecía a sus visitantes un simple vaso de agua y que esa era su única receta. La fe hacía todo lo demás.

Blues del corazón partido

Francisco Sierra nació en Salto el 21 de abril de 1831 y murió el 4 de diciembre de 1891. Su vida se desarrolló mientras Argentina intentaba organizarse como Estado Moderno. Hijo de una familia de ricos hacendados, ni bien terminó sus estudios primarios se fue a Buenos Aires a instalarse en el colegio Rufino Sánchez, para después ingresar en la Facultad de Medicina.





En la calle lateral del cementerio, que lleva su nombre, los fieles levantaron un santuario que se llena de ofrendas. Su fama de gaucho sanador, que viene desde mediados del Siglo XIX, se expande notablemente y se multiplica cada vez más.

A pesar de contar amplios poderes divinos, Pancho Sierra no pudo evitar el fracaso amoroso. En el ocaso de su adolescencia, como todos los mortales, el “Resero del Infinito” adoleció. Se enamoró perdidamente de Nemesia Sierra, su prima hermana. Ella también se enamoró de él, pero la familia impidió que la relación siga adelante.

No pudiendo zafar de los rigores de esta novelesca historia, con el corazón hecho una pasa de uva, abandonó su carrera universitaria y se aisló en la Estancia San Francisco, otra de las propiedades de sus padres, en Rancagua, pueblito que pertenece al Partido de Pergamino. Hay poca la información sobre esta etapa de su vida, pero lo que se pudo reconstruir es que salía de su reclusión sólo para alimentarse o bañarse. No quería ni hablar ni cruzarse con nadie. De vez en cuando, tomaba mates bajo la luna, en total soledad, como un ánima en pena. En ese encierro voluntario, en ese bucear en la oscuridad, que nadie puede asegurar exactamente cuánto tiempo duró, Pancho Sierra encontró el fermento que lo llevó a convertirse en “El Santo Gaucho”. Dejándose ser, descubrió la luz que emanaba de un inmenso poder. Toda la experiencia recogida durante su dolorosa introspección, la puso a disposición de sanar al prójimo, transformó el trajín de su tristeza profunda en luz.

Con el tiempo se fue forjando la leyenda. Innumerales testimonios hablan de situaciones patológicas irremediables que fueron sanadas por completo, luego de pasar por las manos de Pancho Sierra, un hombre que salió absolutamente renovado de su mismísimo pozo ciego.

El porvenir

Después de vivir un breve tiempo en la ciudad de Rojas, “El Resero Del Infinito” se instaló definitivamente en la Estancia El Porvenir, otra herencia familiar. Debido a su fama en pleno auge, Pancho Sierra hizo construir cocheras para hospedar a la gran cantidad de personas, de todas las clases sociales, que iban a en busca de sanación. Les permitía resguardar sus carruajes y pasar la noche antes de su regreso; se cuenta que solía sacrificar algún que otro animal y tirarlo a las brasas, para que el servicio sea completo. Con el paso de los años, “El Porvenir” se convirtió en un lugar de peregrinaje ineludible, fenómeno que se ganó un importante centimetraje en los medios nacionales de la época.

Gracias a esa difusión, conoció a María Salomé Toledo y Otaola de Subiza, “La Madre María”, que se transformaría en su mejor discípula y heredera. Ella, otra terrateniente que apenas pasaba los 20 años, padecía una enfermedad grave y estaba sin esperanzas. Cuando lograron convencerla para que visite a Pancho Sierra ocurrió un hecho mágico: ni bien la miró a los ojos, “El Doctor del Agua Fría” supo que esa mujer sería quién seguiría el largo camino que él venía construyendo. Al darle de tomar un vaso con agua, le entregó una oración para que la repita todas las veces que lo sienta

y le dijo: “No tendrás más hijos, pero tendrás miles de hijos espirituales. No busques más, tu camino está en seguir esta misión”. La historia fue llevada al cine. La Madre María, película argentina de 1974, dirigida por Lucas Demare y protagonizada por Tita Merello, contó con la colaboración de Augusto Roa Bastos y Tomás Eloy Martínez en el guión.

En 1890, a sus 59 años, “El Señor del Milagro” se casó con Leonor Fernández, de sólo 16 años. Otra vez el lazo familiar presente, como si fuese una condición, un destino fatal.

Leonor era hija de un primo suyo, un tal Victoriano Fernández Sierra.

Al año siguiente, con ella embarazada, Pancho Sierra predijo su propia muerte un mes antes que efectivamente aconteciera: la tarde del 4 de diciembre de 1891, “El Gaucho Santo” falleció. Tenía sesenta años.

La multitud que acompañó sus restos hasta el cementerio de Salto fue impresionante. Se iba una leyenda de la Pampa Húmeda, un gaucho rico, con una gran herencia, que nunca sintió su posición como una prioridad, que con su barba blanca, su paso cansino y contemplador, ponía su fe al servicio de los más necesitados, de los más débiles y desamparados. Se fue rodeado de miles de fieles que siempre creyeron fervientemente en sus poderes sobrenaturales. Seis meses más tarde nació Laura Pía, su única hija.

De boca en boca

Claudia vive en Salto, tiene 60 años, es docente y bibliotecaria.

“Vivo en una casita del Barrio de Choferes, donde dicen que en su tiempo fue la estancia de Pancho Sierra. Todavía están las palmeras de lo que fue su casa, que hoy forman parte de la plaza del barrio. Es muy conocido el santo acá y en todo el país. Los 4 de diciembre se llena de gente de todos lados, vienen contingentes de turistas a su tumba y al pozo de agua que dicen que es milagroso. Yo sinceramente no creo en eso, pero hay mucha gente que sí y la respeto, claro. Tengo guardado mucho material de los diarios locales sobre esta casa donde vivo y la historia de Pancho Sierra. Si bien no creo, me parece muy interesante todo lo que se dice sobre él”

Fausto es de Pergamino, tiene 28 años, es músico, compone, toca el bajo y canta en una banda que se llama Atila de la Pampa.

“Mirá, nosotros hacemos punk a grosso modo, con tintes stoner o hardcore, pero siempre engloba a la identidad del punk. Cómo llegamos a Pancho Sierra es muy raro. Un día estábamos en lo de un amigo y jodíamos

con que siempre que íbamos a Rojas pasaba algo malo, decíamos: ‘esa ciudad es mufa. El padre de mi amigo nos escuchó y nos dijo que eso tenía una razón. Nos contó que, según dicen, Pancho Sierra maldijo esa ciudad escupiendo la tierra, que no sé bien qué le pasó al tipo y le hizo la cruz.

A mí me llamó mucho la atención el mito, me pareció una historia muy buena para escribir. Entonces le compuse una canción que forma parte de nuestro disco, En el Barco de Caronte”.

Innumerables testimonios hablan de situaciones patológicas irremediables que fueron sanadas por completo, luego de pasar por las manos de Pancho Sierra, un hombre que salió absolutamente renovado de su mismísimo pozo ciego.

La canción, que arranca con el sonido de un carruaje y un resoplido de un caballo, tiene unos pocos versos enigmáticos para quienes no conozcan el mito que conoce Fausto. Con un sonido prolijo y pulenta, la lírica se luce:

Tras el silencio, me sumergí
 en telepatía al “Porvenir”.
 Tanto dolor...
 ¿Que nadie entiende? ¡Soy confesor!
 Y te sentencio lo peor.
 Escupo el suelo,
 maldigo el pueblo.
 Es la ciudad maldita.

El verbo decir es el motor del mito popular, siempre. Porque la que nunca deja de moverse es la palabra, la oralidad como polea indestructible del futuro que cada uno elige creer. La historia se va moldeando de forma metódica en la verosimilitud y, con su intriga tan bella, avanza, se hace carne con una fuerza que nos excede. ■